

en las artificiosas literaturas modernas, y ha contribuido á que los labradores de las montañas de Antioquía convirtiesen en patrimonio común las estrofas de Gutiérrez y González, animando con ellas las veladas del hogar y las reuniones al aire libre. Pero esta popularidad tan halagüeña queda contrapesada por los sacrificios que supone, pues el enjambre de palabras exóticas, que casi llegan á constituir un dialecto, hace molesta la lectura de la *Memoria*; y, por otra parte, el afán de decirlo todo y explicarlo todo es causa de que, al lado de escenas exuberantes de color y vida, aparezcan algunas tiradas de renglones desiguales, cuya falta de inspiración nada tiene que ver, dígase lo que se quiera, con el candor homérico.

Sería muy larga la lista de escritores colombianos pertenecientes á la misma época en que brillaron Ortiz, Caro, Arboleda y Gutiérrez y González. Baste citar á D. José M. Pinzón Rico, versificador esmerado y brillante, aunque verboso en demasía; D. José M. Vergara y Vergara, mucho más digno de mención por su *Historia de la Literatura en Nueva Granada* que por sus imitaciones de Trueba y sus ensayos narrativos; D. José M. Samper, D. Lázaro M. Pérez, D. Felipe Pérez y Don Manuel M. Madiedo, polígrafos inagotables que cultivaron todos los géneros, así el lírico como el dramático, lo mismo la novela que la prosa didáctica; D. Joaquín Pablo Posada, satírico improvisador, á quien hicieron famoso sus ataques personales en el periódico *El Alacrán*, y que realmente no carecía de facilidad, donaire y travesura, si bien empleó muy mal estas indiscutibles cualidades; D. Ricardo Carrasquilla y Don José Manuel Marroquín, poetas festivos de muy otra índole, siempre comedidos y urbanos, notable el último por sus artículos de costumbres; D. José David Guarín, D. Juan de Dios Restrepo y D. Eugenio Díaz Castro, autor de *Manuela*, prosistas amenos muy estimados en Colombia; D. José M. Torres Caicedo, que publicó

en París, entre otras obras, sus *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América latina* (3 volúmenes), donde la extremada benevolencia de los juicios los despoja, en parte, de valor y autoridad; y Don José Manuel Groot, fundador de la revista *El Catolicismo* (1850-1859), y á quien se deben una *Refutación analítica* de la *Vida de Jesús*, de Renan, y la *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada* (3 volúmenes, Bogotá, 1869).

No es fácil trazar una línea divisoria entre la generación de que he hablado hasta aquí y la que surgió después de ella, y cuyo principal representante lleva un apellido ilustrado ya por sus progenitores, aunque no tanto como por el escritor insigne á quien nadie puede disputar la primacía entre todos los que hoy viven en las Repúblicas hispano-americanas. D. Miguel Antonio Caro ⁴, á quien atribuyó en ocasión memorable la gloria de la regeneración de Colombia el malogrado Dr. D. Rafael Núñez, dejará en la historia de su patria una huella luminosa é indeleble, símbolo del progreso moral é intelectual, y es acreedor á la eterna gratitud de los españoles por haber contribuido con su brillante pluma á desvanecer los prejuicios que en no lejanos días se generalizaron sobre el carácter de nuestra dominación en América; por haber impuesto con su autoridad el respeto á las grandes tradiciones que allí dejamos de nuestra misión civilizadora, y por haber abierto con sus obras literarias una senda cuyo punto de partida es el celoso amor á la integridad y pureza del idioma de Castilla, y la imitación de sus grandes modelos.

La influencia de Caro en las naciones hispano-americanas viene á continuar las magníficas empresas de

⁴ Hijo de D. José Eusebio Caro. Nació en Bogotá el 10 de Noviembre de 1843.

Andrés Bello. Si se considera en sí misma la personalidad del autor bogotano, recuerda inmediatamente la de su amigo Menéndez y Pelayo, por la comunidad de sus ideas religiosas, científicas y literarias, por el caudal inmenso de erudición derramado en sus escritos, por las aficiones clásicas y por el españolismo á toda prueba, no menos ferviente en el primero que en el segundo. Al ensalzar la obra de Bolívar con apasionamiento filial y patriótico, no reniega Caro, como Olmedo, de los héroes que conquistaron el Nuevo Mundo, ni cree que fueran *sangre, plomo y cadenas* los sacramentos que á él llevaron, ni quiere otra civilización para su patria que no sea la civilización cristiana y española.

Caro ha sentido desde sus primeros años una inclinación irresistible á la poesía, cultivándola sin intermitencias, haciéndola servir para la expresión de sus afectos íntimos, y dando á conocer, en innumerables versiones, muestras escogidas de autores sagrados y profanos, antiguos y modernos, lo mismo de la Biblia que de los clásicos griegos y latinos, así de Juan Segundo y Boscowich, como de Andrés Chenier, Lamartine y Víctor Hugo, Campbell, Byron, Moore y Longfellow. En las colecciones poéticas del eruditísimo colombiano ¹ hay que distinguir las incorrectas primicias juveniles de los frutos más sazonados, aunque unas y otros tienen sabor y aroma muy semejantes; hay que presuponer también que no se deben buscar allí tanto los atractivos propios de la musa contemporánea, como los de gustos y escuelas anticuados que se refunden en cierto sincretismo original con dos tendencias constantes: el predominio de la reflexión, por lo que toca

¹ *Versos*, 1866; *Horas de amor*, 1871; *Obras de Virgilio, traducidas en versos castellanos* (3 vol.), 1873-1876; *Traducciones poéticas* (algunas escogidas de otros autores), 1889; *Sonetos, de aquí y allí*; *Traducciones y refundiciones*, 1891. Otras poesías de Caro se han publicado sueltas, ó en periódicos y revistas de Colombia.

al fondo, y la sobriedad de la forma, la cual, en su parte externa, se compone de elementos castizos, pero desterrados algunos de la conversación y de las obras literarias por consentimiento universal.

Esto hace que las composiciones poéticas de Caro se presten á la censura de pormenor y que no agraden á los poco versados en letras clásicas; pero, sin convertir la alabanza en incondicional apología, creo que en las estrofas á la muerte del Emperador Maximiliano, en varios pasajes de las *Horas de Amor*, en la oda *Á la estatua del Libertador*, en *La Vuelta á la patria*, *La Flecha de oro*, el monólogo *El Parricida* y en numerosas traducciones, se ven huellas de inspiración legítima, aunque tal vez desfiguradas por el artificio.

Como filólogo, crítico y humanista, parece Caro un descendiente de aquella raza de ingenios españoles, hoy casi extinguida, que produjo desde el siglo xvi la fecunda invasión del Renacimiento, despojado de toda sombra de impiedad y pedantería; es un espíritu que ama todas las manifestaciones del arte literario, y que estudia con avidez, examina y discute sin apasionamiento, y falla con criterio propio; que ha atesorado en su memoria los ricos dones del campo de la erudición, por donde pasea triunfalmente y con desembarazo su escrutadora mirada. La introducción á las *Obras de Virgilio*, sagaz apología del Cisne de Mantua, con observaciones nuevas y, en general, atinadas y profundas, que destruyen no pocos lugares comunes muy acreditados; los estudios acerca de la poesía horaciana (á propósito de las de Menéndez y Pelayo), *El Quijote*, y las obras de Núñez de Arce, Olmedo, Julio Arboleda, José E. Caro, etc., ofrecen siempre copiosa enseñanza, hasta cuando no logran el asentimiento. Al cultivar con asiduidad la ciencia del lenguaje, no pierde de vista su enlace íntimo con la literatura, como puede comprobarse por los excelentes opúsculos *Tratado del participio*, *Americanismo en el*

lenguaje, y *Del uso en sus relaciones con el lenguaje*, á los que se ha de añadir la *Gramática latina*, compuesta en colaboración con D. Rufino José Cuervo.

Caro ha descendido también á la arena de las discusiones filosóficas, morales y políticas, manejando con destreza las armas del raciocinio, y consiguiendo que los ideales defendidos en su famoso periódico *El Tradicionista* (1871-1876) encarnaran en la Constitución por que hoy se rige su patria. Él ha dado vida, finalmente, á otras muchas publicaciones de aquella República, como el *Repertorio colombiano* (1878-1883), de feliz memoria.

A la misma generación y á la misma escuela que Caro, pertenecen Rafael Pombo y Diego Fallón, inspirados poetas en cuyos versos se reúnen el donaire del Mediodía y el humorismo del Norte, el rayo de luz espléndida y la neblina opaca, el férvido río de la musa española y el adormido y profundo de la inglesa; como que en ambos autores la educación, y en el último la sangre, han hecho que miren con simpatía y cariño el idioma de Shakespeare, sin que por eso abandonen el de Cervantes.

En las poesías sueltas de Pombo ¹, que es también notable crítico de artes y prosista didáctico, se suceden los más variados tonos, desde el festivo y retozón de *El Bambuco* (nombre de un aire y un baile populares de Colombia) hasta el erótico de *Las Norte-Americanas en Broadway*, y el sentimental de *Elvira Tracy*, donde se pinta la muerte de una niña de quince años, á quien su madre ha sabido guardar del amor de los hombres, pero no del de los ángeles; desde la placidez del *Preludio de Primavera* hasta la tristeza de *El puente de los suspiros*, y la elevación filosófica de los

¹ Véanse algunas en el *Parnaso Colombiano* de Julio Añez, tomo I, págs. 35-64 (Bogotá, 1886), colección farragosa y desordenada.

versos *A José Eusebio Caro contemplando su retrato*. Bien se conoce que Pombo ha procurado imitar al amante de Delina, no sólo en la independencia y altivez de su numen, sino también algunas veces en sus caprichosas reformas métricas, á pesar de lo cual, y de ciertos rasgos de genialidad indisciplinada, maneja brillantemente las combinaciones usuales cuando se propone hacerlo.

Tan escasas en número como llenas de luminosos conceptos, y engalanadas con ricos atavíos, las composiciones de Fallón no hieren de ordinario el buen gusto del lector con las desigualdades que abundan en las obras de los mejores poetas hispano-americanos; antes bien, por la pureza de líneas y el vigoroso relieve de las imágenes, por el detenimiento y la conciencia con que están modeladas las estrofas, por el ritmo de oro que ondula á través de ellas, y que no es mero halago sensual, sino deleite de las facultades superiores del espíritu, permiten adivinar la sabia y paciente labor del artista que busca lo perfecto, así en los pormenores como en el conjunto. *La Luna*, *Las rocas de Suesca* y *Á la palma del desierto*, estos tres cantos en que la palabra rivaliza con el pincel, lucen ante todo sus primores descriptivos, pero también hablan con elocuencia á la razón y al sentimiento. Ya Valera insertó en sus *Cartas Americanas* ¹ varias muestras, á las que se pueden añadir otras, como la siguiente de la poesía *La Luna*:

.....
 Los Andes á lo lejos enlutados
 Pienso que son las tumbas do se encierran
 Las cenizas de mundos ya juzgados.
 El último lucero en el Levante
 Asoma y triste tu partida llora:
 Cayó de tu diadema ese diamante
 Y adornará la frente de la aurora.

¹ Primera serie, págs. 201-203. (Madrid, 1889.)

Es muy feliz la idea de este apóstrofe *A la palma del desierto*:

.....
 El Sol, que por centurias hiere en vano
 Tu ramaje liviano,
 Porque su rayo, á tu vaivén airoso,
 Sobre tus hojas fascinado duerme.
 ¡Que la hermosura inerme
 Siempre el escollo fué del poderoso!

Más celebrado que por sus versos, lo es Jorge Isaacs (1837-1895) en toda la América española como autor de la novela *María*¹, idilio de un primer amor infortunado, en que palpita con honda resonancia y cordial sinceridad la nota patética, acompañada por las armonías de la naturaleza tropical; pero lo confuso y desmañado de la redacción, y la falta de habilidad narrativa, sin contar otros defectos, colocan la obra de Isaacs muy por bajo de *Atala* y *Pablo* y *Virginia*, sin que esto sea negarle su propio mérito absoluto y relativo.

No entra en los dominios del arte bello, y figurará, sin embargo, como una de las empresas más ilustres con que puede ufanarse cualquier literatura, el *Diccionario de construcción y régimen de la Lengua castellana*, que comenzó á publicar Rufino José Cuervo en 1886, confirmando con esta labor ciclópea su reputación de filólogo, acreditada ya antes por las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, que encomiaron Pott y Dozy, y por otros estudios de la misma índole.

En la juventud literaria de Colombia no predomina una dirección uniforme, sino varias, que sería prolijo deslindar; pues hay imitadores de Bécquer, de Núñez de Arce y de otros poetas contemporáneos, así españoles como extranjeros. Emilio Antonio Escobar y Joa-

¹ Se ha reimpresso últimamente en España, formando parte de la biblioteca *Arte y Letras*. (Barcelona, 1890.)

quín González Camargo, á quienes arrebató una muerte prematura; José Rivas Groot, colector de *La Lira nueva*, incondicional y ardoroso partidario de Víctor Hugo; Ismael Enrique Arciniegas, Federico Rivas Frade, José J. Casas, Alirio Díaz Guerra, José Asunción Silva, Augusto N. Samper, autor del hermoso poemita *El Cadalso*, y algunos ingenios más, han cultivado ó siguen cultivando la lírica con ferviente pasión. Antonio Gómez Restrepo, actual Secretario de la Legación de Colombia en Madrid, supo hermanar, en las escasas composiciones de que formó el sabio Rufino J. Cuervo un elegantísimo volumen¹, la sencillez clásica y el ornato de la poesía moderna, la elevación del pensamiento y la delicadeza afectiva, raras condiciones que en los cantos *Amor supremo*, *Leyendo á Homero*, *Viaje á Grecia*, *Recuerdo de Amor*, *Mi madre y tú*, y *Adiós*, producen el efecto de una música arrulladora y dulcísima, sobre motivos siempre antiguos y siempre nuevos, que evoca reminiscencias de Garcilaso y Fray Luis de León, sin perjuicio de su carácter íntimo y personal².

¹ *Ecos perdidos*.— París, 1893.

² Entre las numerosas literatas colombianas, puede citarse á Agripina Montes, cuya oda *Al Tequendama* ha merecido grandes elogios, y á Soledad Acosta de Samper, que consagra su fecunda actividad á la novela, la historia y las investigaciones científicas.

